

Releo este texto, que creí haber dejado casi terminado hace algunas semanas. Edito, simplifico algunas oraciones y al terminar vuelvo al principio. Si algo aprendí en el dispositivo es que eso, retornar sobre lo ya hecho, es una parte indispensable de la práctica artística.

Pienso entonces en lo demolido, en lo construido. En el tiempo del texto que es, lo quiera o no, un punto de pasaje también ineludible en mi propia práctica. En qué diferencia un texto propio de otro ajeno. Y sé que no es mucho.

Algún tiempo antes de mandar mi postulación a la convocatoria de D/C-ZI había comenzado a notar una serie de cambios en lo que hoy entiendo como mi práctica artística. O, mejor dicho, había empezado a sentir que esos cambios eran parte de esa práctica. A tomar conciencia de ese proceso me ayudaron muchísimo los relatos y conversaciones con mis compañeros, todos con experiencias de lo más diversas y también cambiantes en sí mismas. Eso es lo que más aprecio de las sucesivas reuniones: haber podido conversar y participar de y sobre los procesos creativos de otros, con sus propias historias y recorridos disciplinarios radicalmente distintos al mío. Esa heterogeneidad, creo, es el mayor valor de esta experiencia.

Ahora, ya terminado el dispositivo, es difícil relatar la temporalidad compleja de esos procesos. Uno de los cambios a los que me refiero en el párrafo anterior es haber empezado a llevar un registro relativamente sistemático de mis investigaciones o experiencias. Ahora entiendo ese registro como un dispositivo, un archivo, una máquina-herramienta, donde escribo estas líneas ahora, y donde ensayé, en los días previos al comienzo de Demolición / Construcción en Zona Imaginaria, alguna forma de presentarme ante el grupo.

Dudoso de haberlo logrado, preparé una serie de imágenes para que funcionaran, de alguna manera, como evidencia de la afinidad espontánea que sentí en aquel momento por la convocatoria.

A partir del ejercicio de las presentaciones y devoluciones en y tras el primer encuentro, empecé a entender algunas otras cosas. Cosas que hoy considero obvias, y que no se me habían cruzado por la cabeza hasta entonces. Tienen que ver con los talleres donde me formé, que ahora entiendo también como espacios para el desarrollo de prácticas artísticas. En el plano manifiesto, tenían como fin el aprendizaje de alguna disciplina (en mi caso de dibujo, pintura y fotografía), y fueron una constante en mi recorrido. Fue por un comentario de Daniel Romano, compañero del dispositivo, que pude darle otra dimensión a esas experiencias.

A la vez, en un lenguaje más vinculado con mi recorrido académico, la noción de espacio transicional me resultaba útil para reflexionar sobre este tipo de experiencias. Casualmente di con una copia de Realidad y juego, un libro de Winnicott que hacía tiempo buscaba, en la feria de Plaza Italia, por donde pasé después de una excursión a arteBA con el grupo del dispositivo. En el libro, Winnicott desarrolla ese concepto en particular, el de espacio transicional, pero lo que más me resonó fue la introducción de J.B. Pontalis, por la sinonimia entre demolición y breakdown:

La cuestión está claramente enunciada en "Fear of breakdown": "El yo organiza defensas contra el desmoronamiento de su propia organización: es la organización del yo lo que se halla amenazada." Y: "nos equivocáramos si consideráramos la afección psicótica como un desmoronamiento. Es una organización defensiva vinculada a una agonía primitiva." Agonía propiamente "impensable" cuyas modalidades esboza Winnicott (quiebra de la "residencia" en el cuerpo, pérdida del sentido de lo real, sensación de que uno no cesa de caer, etc.); agonía subyacente contra la cual se construye toda la tentativa de estructuración, todo síndrome psicopatológico que se consume por dominarla; agonía que evoca, sin llegar a la

castración, una brecha insalvable o abismo sin fin, esa doble imagen de fractura y de caída contenida en el término breakdown, hoy ya tan deteriorado por el uso.

La tesis sostenida en el artículo en cuestión consiste en que el desmoronamiento —el breakdown— tan temido porque amenaza siempre con tener lugar en el futuro, de hecho ya ha tenido lugar en el pasado. Pero —y aquí se encuentra la paradoja central— ha tenido lugar sin haber encontrado su lugar psíquico; no ha quedado registrado en ninguna parte.

Lo que vi en el dispositivo es que “taller de arte” es solo una de las formas posibles de estos espacios donde nos encontramos con otros para hacer cosas. Es decir, que quitando el supuesto del aprendizaje como objetivo grupal, las dinámicas que pueden emerger, que parecen no tener nada que ver con el aprendizaje en el sentido ilustrado, son el campo para desarrollar experiencias que difícilmente se darían en otros espacios.

Gracias a Graciela de Oliveira tuve también la oportunidad de charlar con Gabriela Halac, participante de una edición anterior del dispositivo que tuvo lugar en La Perla. Con Gabriela tenemos en común haber cursado la carrera de ciencias de la comunicación social y hablamos del proyecto que desarrolló en y como consecuencia del dispositivo, que fue editado y publicado como Visitas a La Perla. Conversando con ella empecé a ver que la forma del arte, su objetualidad, no necesita ser el objetivo de una práctica artística, que esa no es su única dimensión, y que tiene incontables otras.

Retirarnos por un momento de lo que venimos haciendo a una Zona Imaginaria para encontrarnos con otros, con quienes compartimos el gusto por hacer es, en sí mismo, un acontecimiento. Es en esa dimensión, que descubrí en el dispositivo, donde apunto a sumergirme.

Ignacio Rial-Schies